

SOCIALISMO Y ECOLOGISMO: MUNDIALISMO Y LOCALISMO

James O'Connor

El punto de partida de la política verdadera es que hay una crisis ecológica y económica global; que la crisis ecológica no puede resolverse sin una transformación radical de las relaciones de producción capitalistas; y que la crisis económica no puede resolverse sin una transformación radical de las fuerzas de producción capitalistas. Esto quiere decir que las soluciones a la crisis ecológica implican soluciones a la crisis económica y viceversa. Ambos grupos de soluciones implican un socialismo ecológico.

El problema es que el socialismo en teoría y en la práctica ha sido «ingresado cadáver». En la teoría, el pensamiento posmarxista que predica una democracia radical intenta efectuar la autopsia final del socialismo. En la práctica, en el Occidente se ha banalizado el socialismo en una especie de capitalismo del bienestar, mientras en la Europa del Este parece que el momento del socialismo democrático se perdió hace más de 20 años y el socialismo está siendo derribado. En el sur, la mayoría de países socialistas están adoptando incentivos de mercado, reformando sus estructuras fiscales, y tomando medidas que esperan que les abran camino en el mercado mundial. En todas partes, la economía de mercado y las ideas democráticas y liberales de la derecha y las ideas democráticas radicales de la izquierda, parecen estar derrotando al socialismo y las ideas socialistas.

Entretanto, ha aparecido una poderosa nueva fuerza en el mundo de la política, el ecologismo, un movimiento que prioriza la

tierra y toma la preservación de la integridad ecológica del planeta como su principal objetivo. El auge simultáneo del libre mercado y el ecologismo junto al descenso del socialismo hace pensar que el capitalismo tiene un aliado en su lucha contra el socialismo. Realmente es así porque la mayoría de los verdes desprecian el socialismo porque lo creen irrelevante, o lo atacan por que consideran que es peligroso. Son los que condenan la apropiación del ecologismo por los marxistas. El famoso eslogan verde, «ni de derechas ni de izquierdas, sino adelante», habla por sí mismo. Pero la mayoría de verdes tampoco son amigos del capitalismo, como dice claramente ese propio eslogan. Entonces hay que plantearse la cuestión, ¿con quién o con qué está aliado el ecologismo? La cruda respuesta es: con los pequeños agricultores, artesanos, cooperativas y pequeños negocios independientes —lo que solíamos llamar el «campesinado» y «pequeña burguesía». En el sur, el ecologismo está descentralizado y se alía con la política comunal de los pueblos; en el norte, con las políticas municipales y locales de todo tipo.

En contraste con los «verdes» auténticos, los ambientalistas son «verdes ficticios» que apoyan regulaciones ambientales, estatales o internacionales, coherentes con la rentabilidad y la expansión del capitalismo global, con la conservación de recursos para conseguir beneficios a largo plazo y con la regulación orientada a la rentabilidad más que a la abolición de la contaminación. Los ambientalistas no son localistas sino que tí-

picamente se vinculan a intereses nacionales e internacionales. En los Estados Unidos, son reformistas ambientales, «lobbistas», abogados y otros asociados con el famoso «Grupo de los Diez».

En cuanto a los «verdes», auténticos ecologistas, siempre tienen por lo menos un matiz populista, una política de resentimiento no sólo contra las grandes empresas y el Estado y la planificación central sino también contra los ambientalistas. Así el ecologismo está asociado con el «localismo», opuesto a las fuerzas centralizantes del capitalismo. Si sumamos dos y dos, podemos llegar a la conclusión de que el ecologismo y el localismo en todas sus diferentes variedades se han combinado para oponerse tanto al capitalismo como al socialismo. El localismo acostumbra a ser el medio o el vehículo del ecologismo y viceversa. Ambos son el contexto y el contenido del otro. El descentralismo es una expresión de un cierto tipo de relación social de producción históricamente asociada con las empresas a pequeña escala. El ecologismo es una expresión de un cierto tipo de relaciones entre los seres humanos y la naturaleza, una relación que acentúa la integridad de los ecosistemas locales y regionales. Las críticas políticas y económicas más visibles actualmente contra el capitalismo (y el socialismo) son el ecologismo y el localismo.

Además del hecho de que tanto el ecologismo como el localismo se oponen al capital y al Estado, hay dos razones importantes para su alianza natural. La primera, el ecologismo insiste en el lugar específico del intercambio entre la actividad material humana y la naturaleza, y se opone tanto a las valoraciones abstractas de la naturaleza hechas por el capital como a la idea de la planificación central de la producción. Son conceptos del ecologismo el de especificidad del lugar, la subsistencia local o la economía semi-autárquica, los principios comunales de auto-ayuda, y las formas de democracia directa. Todos ellos son muy congruentes entre sí.

La segunda razón de la alianza entre el localismo y el ecologismo es que el concepto socialista de las «masas» ha sido desconstruido y reemplazado por una nueva «política de la identidad» en la que los factores cul-

turales tienen un lugar de honor. Esa idea de la especificidad de las identidades culturales encaja fácilmente con la idea de especificidad del lugar. Ejemplos dramáticos actuales son las luchas de los pueblos indígenas para mantener intactas tanto sus culturas como sus economías de subsistencia: la lucha para salvar las culturas y los ecosistemas locales son dos caras de la misma moneda.

A su vez, la mayoría de la izquierda tradicional, también los sindicatos, continúa insistiendo en la productividad, el crecimiento, la competitividad internacional, es decir, en el trabajo y el salario, de hecho más trabajo asalariado aún. No abolir la explotación sino ser menos explotados. Esta parte de la izquierda no quiere ser atrapada otra vez defendiendo políticas que puedan ser tachadas de «austeridad económica» o políticas que los líderes sindicales y otros piensan que pondrían en peligro las ventajas económicas ganadas en el pasado por la clase obrera. La mayoría de los que se oponen a más crecimiento pertenecen a las clases medias de la ciudad con conciencia ambientalista que tienen los bienes de consumo que quieren y el tiempo y conocimiento para oponerse a las políticas y las prácticas ecológicamente peligrosas. De nuevo, sumando dos y dos, no es sorprendente encontrar una alianza entre las clases medias ambientalistas de las ciudades del norte y los pueblos indígenas y los campesinos del sur, por ejemplo en la Amazonia. Puede parecer, pues, que cualquier esfuerzo para situar la clase obrera en esta ecuación, es decir, cualquier intento de unir socialismo y ecologismo, está predestinado al fracaso desde el principio.

Pero el simple hecho de que algo no haya ocurrido nunca no quiere decir que no pueda ocurrir. O que no esté ocurriendo de varias formas ahora. En los países capitalistas desarrollados, se puede mencionar los grupos verdes dentro del NDP (Partido Democrático Nacional) en Canadá; el trabajo de Barry Commoner, que pide la reducción de la contaminación en el origen, el control social de la tecnología, y la planificación económica basada en un entendimiento profundamente científico de la naturaleza; los movimientos de trabajadores y de comunidades contra los residuos tóxicos y por la

salud y seguridad en el trabajo, movimientos que reúnen cuestiones sindicales, comunales y ecológicas; varios movimientos verdirrojos de solidaridad con el Tercer Mundo, como el Proyecto Ecológico sobre América Latina (EPOCA); y el nuevo énfasis contra el racismo. Tal vez en el Japón la lucha del Partido Socialista por el control de la Cámara Alta contra los atrincherados demócratas liberales refleja la preocupación creciente acerca de cuestiones ecológicas y sociales. En Europa, vemos como los partidos laboristas, los socialdemócratas y los comunistas se vuelven algo verdes aunque sin entusiasmo, a la vez que vemos el auge de los Partidos Verdes, algunos de los cuales (como en Alemania) están a la izquierda de estos partidos con respecto a algunas demandas tradicionales del movimiento obrero. Y en las potencias sub-imperialistas, que sufren la crisis del mundo capitalista, por ejemplo, Brasil, México y Argentina en Latinoamérica, e India y quizás Nigeria, Corea, y Taiwan, hay nuevos movimientos ecologistas en los que se incluye la tradicional clase obrera. Y no debemos olvidar la experiencia de Nicaragua que combinó el socialismo, el ecologismo y el populismo.

Hay buenas razones para creer que éstas y otras tendencias eco-socialistas no son un espejismo, y que el ecologismo y el socialismo no son términos contradictorios. O, en otras palabras, hay buenas razones para creer que el mismo mundo capitalista ha creado las condiciones para un movimiento socialista ecológico. Estas razones pueden ser recogidas bajo dos conceptos generales. El primero se refiere a las causas y efectos de la crisis económica y ecológica mundial desde la mitad de la década de 1970 hasta hoy. El segundo, a la naturaleza de las cuestiones ecológicas clave, la mayoría de las cuales son cuestiones nacionales o internacionales, no locales.

Primero, la vitalidad del capitalismo occidental desde la Segunda Guerra Mundial se ha basado en la externalización masiva de los costes sociales y ecológicos de la producción. El lento crecimiento económico mundial desde la mitad de los años 1970, hace que las cuestiones del socialismo y del ecologismo sean más urgentes que nunca. La acumulación global de capital en la crisis

moderna ha producido efectos devastadores no sólo en la distribución de ingresos y riqueza, en las normas de justicia social, y en el trato a las minorías, sino también en el ambiente. El «desequilibrio acelerado de la naturaleza» es una frase que lo resume bien. Socialmente, la crisis ha creado más pobreza y violencia, la miseria ha aumentado en todas las partes del mundo, especialmente en el Sur, y por lo que respecta al ambiente, ha aumentado la toxificación de regiones enteras, la producción de sequía, la destrucción de la capa de ozono, el efecto invernadero, y la destrucción forestal y de la vida salvaje. Los objetivos de justicia económica y social así como de justicia ecológica han surgido como en ningún otro período de la historia. Está muy claro que en realidad son dos caras del mismo proceso histórico.

Dada el relativamente lento crecimiento de la demanda del mercado mundial desde la mitad de la década de los 70, a las empresas capitalistas no les ha sido posible defender o restablecer las ganancias expandiendo sus mercados y vendiendo más en los mercados prósperos. En cambio, el capitalismo global ha intentado salir de su crisis reduciendo los costes, aumentando la tasa de explotación del trabajo, y agotando los recursos. Esta «reestructuración económica» es un proceso a dos bandas.

La reducción de costes ha llevado a los grandes y los pequeños capitalistas a externalizar más costes sociales y ambientales, y a prestar menos atención al ambiente global, la contaminación, el agotamiento de recursos, y la seguridad y salud de los trabajadores y la seguridad de los productos (aunque, entretanto, se ha incrementado la eficiencia del uso de energía y materias primas en las fábricas). La crisis ecológica moderna es, en parte, el resultado del camino que el capitalismo ha seguido para reorganizarse y superar su última crisis económica. Además, el incremento mundial de la tasa de explotación del trabajo ha llevado a nuevas y profundas desigualdades de la distribución de riquezas e ingresos. Por ejemplo, en los Estados Unidos en la década de 1980, el ingreso de las propiedades aumentó tres veces más rápido que los ingresos salariales. Las tasas más altas de explotación también surgen de la posibilidad de abusar de los trabajadores

ilegales y de entorpecer a los sindicatos, a los partidos democráticos y a la lucha por una justicia social, especialmente en el Sur. No es un accidente que en aquellas partes del mundo donde la degradación ecológica es mayor —Centroamérica, por ejemplo— haya mayor pobreza y luchas de clase más agudizadas. La feminización de la pobreza también es parte de esta tendencia de destrucción ecológica. La clase obrera, las minorías oprimidas, las mujeres, y los pobres urbanos y rurales de todo el mundo, son los que sufren más de la explotación tanto económica como ecológica. El peso de la destrucción ecológica cae desproporcionadamente en estos grupos.

El capitalismo asediado por la crisis pero dependiente de la crisis ha puesto las cuestiones tradicionales del socialismo y las cuestiones relativamente nuevas del ecologismo en el orden del día político. El mismo capitalismo se convierte en un casamentero entre el socialismo y el ecologismo, o, siendo más precavido, si todavía no hay un proyecto de boda, hay oportunidad de al menos un noviazgo.

En segundo lugar, la gran mayoría de los problemas económicos, sociales y ecológicos del mundo no pueden ser adecuadamente tratados a nivel local. Es verdad que la degradación de los sistemas ecológicos locales a veces puede tener soluciones locales en términos de prevención (aunque no tanto en términos de transformación). No sorprende hallar conexiones entre la destrucción ecológica local y una reactivación de la política a nivel municipal. Pero la mayoría de los problemas ecológicos, como de los económicos que son causa y efecto de los problemas ecológicos, no pueden ser resueltos localmente. De hecho, la planificación regional, nacional e internacional es necesaria. Necesitamos establecer prioridades nacionales e internacionales para tratar el suministro de energía y de recursos en general, no sólo para la generación actual sino especialmente para las generaciones futuras. La disponibilidad de otros recursos naturales, por ejemplo el agua, es en Estados Unidos principalmente una cuestión regional, pero en muchas partes del planeta es una cuestión nacional o internacional. Lo mismo ocurre con la destrucción de los bosques. Si consi-

deramos el problema de la erosión del suelo, parece una cuestión local específica. Pero observamos que un país que exporta productos agrícolas, Estados Unidos, también tiene problemas de erosión del suelo agrícola, o de la calidad y cantidad de agua. Además la contaminación industrial y agrícola atraviesa los límites locales, regionales y nacionales. La contaminación del mar del Norte, la lluvia ácida, la destrucción de la capa de ozono y el calentamiento global son ejemplos obvios.

Además, si ampliamos el concepto de ecologismo e incluimos los entornos urbanos, o lo que Marx llamó «condiciones generales, comunales de producción», hay problemas de transporte urbano y congestión, de altos alquileres, y de drogas, que parecen problemas locales que pueden resolverse con soluciones locales, pero que son problemas globales que nacen de la manera de ganar dinero en todo el mundo. Si ampliamos aún más el concepto de ecologismo e incluimos en él las relaciones entre la salud y el bienestar humanos y los factores ambientales (lo que Marx llamó «condiciones personales de producción»), viendo el incremento de la movilidad del trabajo nacional e internacionalmente, en parte gracias a la manera cómo el capital se ha reorganizado para superar la crisis económica, también estaremos hablando de problemas que únicamente, o principalmente, tienen soluciones nacionales o internacionales. Finalmente, si consideramos la cuestión de la tecnología y de la transferencia de tecnología, y las relaciones entre las tecnologías nuevas y las ecologías locales, regionales y mundiales, vemos que la tecnología y la transferencia tecnológica están más o menos monopolizadas por las empresas internacionales y los Estados. Tenemos, pues, otra cuestión nacional e internacional.

En suma, hay buenas razones para creer que tanto las causas como las consecuencias, e incluso también las soluciones, de la mayoría de problemas ecológicos son nacionales e internacionales y no son únicamente locales. De ahí, lejos de ser incompatibles, el socialismo y el ecologismo se implican mutuamente. Por el contrario, los movimientos populares arraigados en las comunidades, los municipios o los pueblos

no pueden tratar con eficacia la mayoría de los aspectos económicos y ecológicos de la destructividad general del capitalismo global, por no hablar de la dialéctica destructiva entre la crisis económica y ecológica. Si, de hecho, el ecologismo y el socialismo se implican mutuamente, la cuestión lógica es, ¿por qué nunca antes han estado unidos?, ¿por qué se ve el marxismo como un enemigo del ecologismo y viceversa? O dicho de otro modo, ¿dónde se equivocó el socialismo marxista, ecológicamente hablando?

La visión común, y en mi opinión correcta, es que el socialismo marxista se define a sí mismo como un movimiento que puede completar la tarea histórica de hacer realidad las promesas del capitalismo. Esto significa dos cosas, la primera, que el socialismo puede poner contenidos sociales y políticos a las premisas formales del capitalismo de igualdad, libertad y fraternidad. Y la segunda, que el socialismo puede realizar la promesa de abundancia material que las crisis han impedido al capitalismo conseguir. Lo primero da el significado ético y político al socialismo; lo segundo el económico. Para la mayoría de la gente está claro desde hace mucho tiempo que esta visión del socialismo tiene dos errores. El primero, es que en vez de una sociedad ética, política, en la que el Estado está subordinado a la sociedad civil, existe el Estado del Partido burocrático; y así el pos-marxismo intenta reconciliar las demandas de justicia social con el liberalismo. En segundo lugar, y en relación con el primer punto, en lugar de abundancia material, tenemos la crisis económica del socialismo; y así el pos-marxismo intenta reconciliar no sólo las demandas de justicia social con el liberalismo, sino también a ambos con el mercado y los incentivos de mercado.

De todos modos, insistir en estos fracasos obvios esconde dos cuestiones diferentes, dos cuestiones ecológicas. En efecto, la construcción ética y política del socialismo adoptada de la sociedad burguesa excluye cualquier práctica ética o política que no esté centrada en los seres humanos. Otras especies biológicas no son consideradas. En segundo lugar, la construcción económica de la abundancia adoptada, con algunas pequeñas modificaciones, del capitalismo, exclu-

ye cualquier práctica material que no aumente las fuerzas productivas, incluso cuando éstas están ciegas hacia la economía de la naturaleza. El plan de Stalin para cultivar Siberia, que afortunadamente nunca se llevó a cabo, es quizá el ejemplo más grotesco. Estas dos cuestiones, una referente a la política y a la ética y la otra a las relaciones entre la economía humana y economía de la naturaleza, están relacionadas con el fracaso del mismo materialismo histórico. De aquí que necesiten ser consideradas tanto metodológica como teórica y prácticamente.

El materialismo histórico es defectuoso en dos cosas. Marx tendía a discutir la división de trabajo aparte de la cultura y de la naturaleza. Un concepto más rico de la división del trabajo que incluya tanto la cultura social como la economía natural, no podemos hallarlo ni en Marx ni en el materialismo histórico tradicional. La concepción tradicional de las fuerzas productivas ignora que estas fuerzas son sociales por naturaleza, e incluyen el modo de cooperación, que está profundamente inmerso en las normas y valores culturales, particulares. La concepción tradicional de las fuerzas productivas también olvida que estas fuerzas tienen un carácter natural. Vale la pena recordar que el mismo Engels llamó al marxismo la «concepción materialista de la historia», donde «historia» es el nombre y «materialista» el adjetivo. Los marxistas conocen de memoria la expresión, «en la vida material las relaciones sociales entre personas son producidas y reproducidas», pero conocen mucho menos la expresión, «en la vida social las relaciones materiales entre las persona y la naturaleza son producidas y reproducidas». Los marxistas están muy familiarizados con el «proceso de trabajo» en el que los humanos son agentes activos, pero lo están mucho menos con el «proceso de espera» o «el proceso de cuidado» característico de la agricultura, los bosques, y otras actividades más basadas en la naturaleza en las que los humanos tienen un papel más pasivo.

Marx insistió constantemente en que la actividad material humana tiene dos caras, una relación social y una material; dicho de otro modo, la producción capitalista produce y

reproduce un modo específico de cooperación y explotación y una estructura de clase particular así como las bases materiales de la sociedad. Pero en su determinación de mostrar que la vida material también es vida social, Marx olvidó un poco el hecho contrario e igualmente importante de que la vida social es también vida material. O dicho de otro modo, en la formulación «la existencia material determina la consciencia», Marx expresa que ya que la vida material está socialmente organizada, las relaciones sociales de producción determinan la consciencia. Pero olvidó el hecho igualmente cierto que, puesto que la vida material es también el intercambio entre los seres humanos y la naturaleza, estas relaciones materiales o naturales también determinan la consciencia.

Estas observaciones ya han sido hechas con argumentos más o menos fuertes por otras personas (aunque nunca se han integrado y desarrollado en una versión revisada de la concepción materialista de la historia). Dos ejemplos: Labriola escribió que «los hombres, viviendo en sociedad, no dejan de vivir naturalmente... la naturaleza es siempre el subsuelo inmediato del terreno artificial de la sociedad, y el ambiente que nos rodea a todos»¹. Al referirse a la autonomía de la naturaleza en la actividad material organizada por seres humanos, Timpanaro escribió que «no podemos... negar o evadir el elemento de la pasividad en la experiencia: la situación externa que no podemos crear, sino que nos es impuesta... Si la crítica al antropocentrismo y el énfasis en el condicionamiento de los humanos por la naturaleza se consideran esenciales en el materialismo, debe decirse que el marxismo, especialmente en su primera fase... no fue propiamente materialista. Marx no niega, ciertamente, la naturaleza física y biológica, pero ésta constituye más un antecedente prehistórico de la historia de la humanidad que una realidad que todavía limite y condicione a los humanos. Cuando los humanos empezaron a trabajar y a producir, parece que entraron en relación con la naturaleza... sólo a través del trabajo. Esto es recaer en una

concepción pragmática de las relaciones entre los humanos y la naturaleza que ilegítimamente anula el «lado pasivo» de la propia relación...»².

¿Por qué Marx dio un papel tan importante a la historia (incluso excluyendo a la cultura) y olvidó la naturaleza? Tal vez la razón es que el problema que se planteaba a Marx en su tiempo era mostrar que las relaciones capitalistas eran históricas, no naturales. Marx tenía tantas ganas de criticar a los que «naturalizaban», «cosificaban», las relaciones de producción capitalista, la competencia entre empresarios, el mercado mundial, estaba tan en contra de considerar el capitalismo y el mercado como fenómenos «naturales», que olvidó el hecho que el desarrollo de formas humanas que se convierten es una «segunda naturaleza» no impide que la naturaleza siga siendo natural. Este fue el precio que pagó por invertir el materialismo pasivo de Feuerbach y el idealismo activo de Hegel en su propia idea de materialismo activo. Como escribió Kate Soper, «el hecho es que en este entusiasmo por escapar de la acusación del reduccionismo biológico, el marxismo ha tendido a caer en otra forma de reduccionismo, que al argumentar en favor del dominio de los factores sociales sobre los naturales elimina lo biológico de nuestra existencia»³. Soper entonces pide una «biología social». Podemos pedir una «química social», una «hidrología social», etc., es decir, un «ecologismo social» que para los socialistas significa un «ecologismo socialista».

Los ecologistas están forzando a los socialistas, es decir, los verdes están forzando a los rojos, a fijarse en los intercambios materiales entre las personas y la naturaleza y en la cuestión general de la explotación biológica, y a adoptar una sensibilidad ecológica. Algunos rojos han intentado que los verdes se fijen en las relaciones de producción capitalistas, en la competencia entre empresas, en el mercado mundial, y que se sensibilicen hacia la explotación en el trabajo y hacia los temas de la crisis económica y la división del trabajo.

¹ Citado en Sebastiano Timpanaro, «Considerations on Materialism», *New Left Review*, 85, mayo-junio, 1974, p. 18.

² *Ibid.*, pp. 7, 12.

³ Citado por Ken Post, «In Defense of Materialistic History», *Socialism in the World*, 74/75, 1989, p. 67.

¿Qué significa políticamente un socialismo verde? La consciencia verde podría hacernos poner «la tierra primero», lo cual significa políticamente cualquier cosa. Como decíamos antes, lo que la mayoría de Verdes hacen casi siempre es política localista. Por el contrario, la pura teoría y práctica roja históricamente ha favorecido el «centralismo». Unir el socialismo y el ecologismo no significa definir una nueva categoría que contenga elementos de ambos, sino que lo que hay que unir políticamente es el localismo o la descentralización con el centralismo, unir la autodeterminación con la planificación, la coordinación y el control de producción. Volviendo al tema principal, el localismo per se no consigue nada políticamente y el centralismo se ha autodestruido. La abolición del Estado no funciona, pero confiar en el Estado liberal democrático en el que la palabra «democracia» tiene meramente un significado formal o de procedimiento, tampoco funciona. La única forma política que funciona, que puede ser eminentemente adaptada a los problemas ecológicos localmente específicos o globales, es el

Estado democrático —un Estado en el que la administración de la división social del trabajo esté organizada democráticamente⁴.

Finalmente, la única forma *ecológica* que puede funcionar es la que une dos tipos de ecologismo, el ecologismo local de quienes luchan por las zonas húmedas costeras, por la preservación de bosques locales, por el ciclo hidrológico local, etc., y el ecologismo global de quienes se preocupan por la economía de la energía, los efectos sociales de la climatología global, etc. Esto es, en general, el ecologismo abarca la economía de la naturaleza definida en términos locales, nacionales e internacionales. En otras palabras, necesitamos el «socialismo» al menos para que las relaciones sociales de producción sean más transparentes, para acabar con el dominio del mercado y el fetichismo de las mercancías, para acabar con la explotación de unos seres humanos por otros; necesitamos el «ecologismo» al menos para hacer más transparentes las fuerzas productivas sociales, para acabar con la degradación, la destrucción y la explotación de la tierra⁵.

⁴ La idea de un «Estado democrático» parece ser una contradicción en sus términos, o al menos de manera inmediata plantea una cuestión difícil sobre la deseabilidad de separación de poderes; sobre el problema de la democracia sustantiva; y sobre el problema de cómo organizar (no ya planificar) una división social del trabajo regulada nacional e internacionalmente sin un equivalente universal para medir los costes y la produc-

tividad (como quiera que se definan «costes» y «productividad»).

⁵ John Ely escribe que la palabra «transparencia» no deja de ser una palabra para una ciudadanía pasiva, un concepto como si estuviéramos en un acuario o en un panóptico al revés, en el que los ciudadanos lo ven todo pero no actúan: es una palabra insuficientemente democrática.